

Rama: Prosa

“Straparolas”

Seudónimo: Viajero del silencio.

Dentro de los amnios sucedió una revolución de notas musicales no audibles, sino para ciertas células desprovistas de centriolos que progresaban en mis dedos.

Dos flautas eran ejecutadas al azar del ecuador de algún espejo que flotaba en el aire escasamente cuerdo de aquella habitación promiscua, donde cada palabra y cada acción eran puntuales desaciertos que ella, la dama en proceso de gestación como se hallaba, leía y releía a través de ciertos linfocitos que se desarrollaban en el punto exacto donde venía a morir el cordón umbilical.

Si. Yo pude comprobarlo. Vista desde el ángulo que formaba el pensamiento con las líneas paralelas que jamás han sido ni serán nunca horizontales, ella parecía un pajarillo somnoliento dentro de una jaula que ese pensamiento de no conocida procedencia construía con los guiones que flotaban en el aire, cuando el día se adelgaza y la pasión adopta la misma forma cóncava que tiene la noche si se le ve desde la serena confluencia de la luz y la zozobra.

0 0 0 0 0 0 0 0 0 0

Vi hacía el fondo del salón, no sabría dilucidar cuándo, cuándo la había presentido más que verla, diagonalmente bella, esbelta, inteligente; pero libertina y peligrosa como la mar picada bajo un cielo de tormenta.

El artista que la había hecho posar, casi desnuda, sobre mullidos almohadones color de jacaranda, continuaba dibujando aquellas líneas curvas en las que, a ratos,

venían a estrellarse, como las olas a los acantilados, sus impulsos varoniles aún no geométricamente definidos, ni biológicamente libres de contaminaciones paranoicas.

La ventana desde donde los ojos de un cuervo la veían, para verificar detalles de la estructura molecular que sirve de soporte al genoma de la belleza física, cuando aún no ha sido totalmente plasmada en la materia; o ésta aún no tiene, célula por célula, la configuración en la que han de fundirse los rasgos corporales que hasta ese instante solo han sido indefinidas franjas de elemental textura en cierta encima todavía poco conocida y a la que se ha dado el nombre, más poético que científico, de Neuroestética fibraza 333.

El artista sonrió cuando aquel cuerpo de casi perfectas coordenadas quedó plasmado sobre la pulida superficie del papel con toda su voluptuosidad y sus algo barrocos pormenores, que se hacían nítidos y vivientes en los contrastes de luz y sombra que embellecían el dibujo y le imprimían un casi perceptible movimiento, mismo que iniciándose en los dedos de los pies ascendía hasta los pezones cuya turgencia y redondez hacían que las manos del artista se movieran inconscientemente hasta asirlos con suavidad gelatinosa y voluntad contaminada de lipofilia.

Sonó una música que no se escuchaba, sino solo podía tocarse mediante cierto sentido que uno no acierta a ubicar; pero que, al parecer, radica en el tercio inferior de la hipófisis, música que tal vez solo se intuye con no sé qué dimensión misteriosa del ser; o acaso se produzca en el suave correr de los líquidos vitales; o, en fin, es

algo así como el eco suave de las vibraciones del espíritu; o la resonancia en el corazón del ser humano de las notas que producen los mundos y galaxias cuando giran en los espacios infinitos.

Es inefable el placer espiritual que nos procura esa música que paradójicamente suena sin sonar; que se oye sin oírse; que nos llega del mundo circundante, pero al propio tiempo nace en nosotros como una conspiración de gotas musicales que en segundos suenan igual que una orquesta, detrás de la cual se va perfilando, en una inexplicable sucesión de espirales, franjas y poliedros luminosos, el delicado cuerpo de una mujer desmesuradamente bella que no se sabe si es el reflejo visible de la música que se palpa con el alma, o es ella la música que se hace audible a través de un sistema de signos de naturaleza y ubicación que ningún mortal conoce ni conocerá jamás.

0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0

No resistí a la tentación de ver el fondo del tubo de ensayo en que días antes se había verificado el simple, pero decisivo proceso de la fecundación in vitro.

Retiré la probeta de su soporte de vidrio color marrón y, cerrando el ojo izquierdo, derramé literalmente la mirada del ojo derecho hasta el fondo del tubo donde, ¡oh! prodigio de lo insólito observé dos puntitos negros que vistos desde arriba eran dos infinitamente pequeños cráteres en plena erupción y violenta actividad magnética.

En efecto, de esos inimaginables por pequeños orificios se escapaban espirales de tono violáceo como el fluido que inmediatamente después de un terremoto o, por lo menos, de algunos de estos catastróficos fenómenos, sale de los escombros y de las grietas de la tierra.

Pensé que esta inaudita manifestación de una energía desconocida y misteriosa, en un recipiente en el cual solo ha habido materia viva, podía deberse a la interacción de la hialorunasa del óvulo y el ácido hialurónico del espermatozoide que en dosis no expresables ni siquiera con exponentes negativos hubiesen quedado en el vidrio de la probeta; o podía ser una reacción tardía de enzimas producidas por el núcleo que, previamente manipulado en el laboratorio de ingeniería genética, se implantó en el óvulo después de remover el núcleo que por naturaleza correspondía a este gameto.

Se me ocurrió después la tal vez peregrina idea de que entre la materia inerte y la materia viva hay un misterioso vínculo que, aunque negado desde tiempos de Francisco Redi y Luis Pasteur, está allí como un grito físico biológico nunca acallado, para que el hombre vuelva a oírlo cuando los hongos, y especialmente el *Agáricus Campestris*, brotan del derribado y muerto tronco del árbol a la vera del camino.

0 0 0 0 0 0 0 0 0

De aquellos procesos biológicos inducidos por una mezcla de curiosidad y vanidad humanas venía ella, sí, la protagonista de esta historia cuya lectura, como

la de los libros de caballería a donde Quijote, podría generar una rara demencia que borrara las fronteras entre la Biología y la Ciencia oculta milenaria.

Lo cierto es que el artista la vio vestirse con la parsimonia de alguien que inconscientemente desea provocar impulsos de posesión violenta en el alma candorosa y bella de un pintor, menos enamorado de ella que de su obra plástica, la de él, donde la belleza y el tiempo se detienen y se hace evidente el triunfo estético sobre la fugacidad de la existencia, y sobre las miserias reales del cuerpo material por perfecto y armoniosos que éste sea, y por muchas y exóticas aromas que se derramen sobre sus formas cóncavo-convexas.

El soporte de la obra de arte está expuesto al deterioro, vale decir: el papel croché, la tinta, los claroscuros, las líneas gerártrices y puntos de fuga. Pero para ese inconveniente existen la restauración y los restauradores que le devuelven la sonrisa a los museos.

Pero ella, sí, el sol de aquel paisaje humano, el fondo en el que coincidían todos los rayos de la más excepcional y helénica belleza después de atravesar la lente de la conciencia del artista, de reflejarse en sus serenos hematíes; de acariciar con una abrazo de dendritas luminosas las neuronas de la circunvolución del cerebro donde residen los sentidos, ponderaciones y equilibrios relacionados con la belleza y su plasmación concreta; ella, digo, no envejecería allí jamás.

Su sonrisa dibujada magistralmente por la pluma, más allá de la acción del tiempo permanecería siempre dulce, siempre joven, inefablemente conciliadora de luces y de sombras.

El cuerpo de ella sería siempre aquel modelo de armonía, proporción y equilibrio ecuacional de que no solo la Matemática puede hacer alarde.

El artista, pues, sonrió justo en el momento en que ella terminó de vestirse, encendió un cigarrillo, y cruzando los muslos cómodamente sentada en el sofá color violeta del estudio dirigió su mirada, apasionadamente verde, hacia el lecho cubierto de almohadones en que recién había posado para colaborar al triunfo del arte sobre la efímera perfección del cuerpo, en este caso el suyo.

“Eres un genio” exclamó ella cuando el artista colocó la obra sobre el caballete.

“Y tú una diosa digna de Praxiteles o de Fidias” replicó él con amabilidad.

0 0 0 0 0 0 0 0 0 0

En fracciones de segundo el amnios se desvaneció y el transparente líquido que contenía tomó el aspecto de las aguas quietas y azul verdosas del océano.

Y ella, esa tierna criatura que estaba a punto de nacer, se metamorfoseó en un bajel muy frágil que, al parecer, el viento llevaba sin rumbo por aquel mar picado y proceloso.

Yo miraba a través de los ojos del cuervo etérico desde la ventana de la sala del sanatorio donde de a poco se produciría el parto.

Y aquel bajel parecía decirme adiós con la firmeza de una línea que algo torpemente salta de un edificio a otro, calle de por medio, en un paisaje urbano tan pequeño que podría caber en el primer pensamiento, o tal vez en el último, de la

cabeza de un alfiler hallado culpable de pinchar los delirios de grandeza del idiota más rico del mundo.

Mar y barco, mar y barco. Mar azotado por desmesuradas soledades blancas que solo a tomarse las manos para vencer su casi irresistible compulsión suicida. Barco que suena como la sección de violines de una orquesta; esto es, triste, sí, es una tristeza que hunde sus raíces en los almendrones duros y foscos del destino.

De pronto, la vi de nuevo flotando en las ondinias ahora revueltas que se agitan en el amnios. Flotaba ella como danzando al compás de los violines. Su cuerpo había salido de los restos del bajel; de las atillas del diminuto mástil y los jirones de las velas en precipitada fuga de voces, de turbulencias y de azares.

Vi un rostro en que la belleza, la que mucho tiempo después dibujaría el gran pintor, era apenas una recién encendida luz; una recién encendida tibia música que a su tiempo sonaría como una orquesta de líneas, formas y perfiles realzados en la policromía del Alción.

0 0 0 0 0 0 0 0 0 0

El artista recordó que años antes, cuando ella le obsequió un retrato en el que su sonrisa era la dulce expresión de una Cariátide, o el relámpago de una misteriosa conjunción de eritrocitos en la sangre, había lamentado que aquella sonrisa tan algebraicamente dulce fuera siempre la misma cuando él contemplaba la fotografía pendiente de un clavo dorado en la pared, como si en el momento justo en el que la luz portadora de la imagen besó acariciando la película, el tiempo se hubiese

detenido y la belleza y juventud de aquella dama hubieran penetrado en el círculo de los imperecedero donde existen las esencias y categorías metafísicas que informan, y se reflejan en todos los entes de la dimensión de lo sensible.

Ahora celebraba que hubiese ese recurso de refugiarnos más acá o más allá del tiempo; ahí donde la materia viva pierde estructuras y formas y perfiles pasajeros, para asumir una modalidad de “ser” que “es” durante más tiempo aunque en un mismo y reiterado espacio.

Sabía él que el triunfo sobre el cuerpo sigue tres líneas sustancialmente distintas; la ética, la estética y la mística.

Ella obviamente no podía aspirar al triunfo ético cuya expresión es la santidad. Menos aún al triunfo místico en el que la esencia inmortal abandona el cuerpo temporalmente o para siempre.

Para ella y para él se abría como flor de singular fragancia, o como una cumbre ríspida a contraluz de la inmanencia, el triunfo estético; el triunfo que lleva en su centro de gravedad el arte ya sea que éste opere con sonidos, colores y formas, o con movimientos y palabras.

En la obra de arte, meditó, el cuerpo no envejece, no palpita; no exige incorporar ni desechar partículas. En la obra de arte todo él es luz, aroma, perfección. El artista ciertamente lo recrea, o lo percibe y lo refleja como es; pero desprovisto de las mónadas que acentúan su fealdad o aceleran su desintegración.

El arte detiene esos procesos. He aquí su triunfo, la victoria estética sobre lo perecedero, lo feo, lo incompleto.

Y se sintió orgulloso de la obra plástica que en ese momento contemplaba y donde ella resplandecía victoriosa sobre los episodios del “yo” más bajo en la siempre inquietante escala de los diversos modos de ser.

Pero, ¿eran aquellos procesos que él había observado las realidades cotidianas de un cerebro pensante y al mismo tiempo de un laboratorio de ingeniería genética, o, por el contrario, las operaciones de una planta industrial en donde se fabrican juguetes para niñas y niños? O, en palabras tal vez más concretas, no sé, ¿era ella el embrión de una niña que con el tiempo se metamorfosearía en una mujer; o en una simple muñeca, muy bella por cierto, que fuese fabricada en una de tantas industrias de alguna ciudad cosmopolita del mundo? Quién pudiese afirmar una u otra posibilidad reales, u oníricas, o situadas a mitad del camino que va de lo que solamente se concibe y lo que se plasma como idea primero y como objeto después.

Lo que es cierto es que había ocurrido en el espacio y el tiempo, ora fuese únicamente en el espíritu de un ser divino que por no estar ocupado en el universo hubiera querido distraerse concibiendo ideas acaso esquizoides; ora en un laboratorio de clonación extraterrestre o, en fin, en la sala de maternidad de un hospital en algún lugar del planeta.

La línea, si la hay, que separa la realidad del sueño, lo normal de lo anormal; lo humano de lo divino, lo terrestre de lo sideral, la vida de la muerte, es solo un

teorema que debe ser mostrado como aquél de que sí una secante forma con dos rectas de un plano ángulos correspondientes iguales, tales rectas son paralelas.

Más sea como fuere, ¿Quién se atrevería a discutir que hay diversos niveles o grados de realidad en el cosmos, desde la que perciben los sentidos con su estructura anatómico-fisiológica, hasta la que es producto de la inteligencia y la creatividad humana y divina. Y entre ese umbral y ese techo, las gradaciones, los matices, las tonalidades que van de una ola claramente definida a otra de su misma índole; peldaños que han hecho pensar en que nada hay perfecto en el universo, ni siquiera Dios, si existe.

Por eso estoy apunto de ocultarme a la mirada fría de todos los absurdos que he venido descubriendo a mi alrededor en una especie de mitocondria consciente que ni ella misma sabe si “es” o “no es”; o si alguna vez fue o no será nunca, si ha estado a punto de ser, o ya ha sido más del tiempo que es algebraicamente necesario para llegar a la conclusión que no se es, de que jamás se ha sido ni siquiera una idea perturbadora en la mente de un ser que tampoco existe.

El universo en que vivimos o creemos vivir está abierto a todas posibilidades, tanto de “ser” como de “no ser”, aunque la de “ser” se limite a la conciencia de un loco solitario en el cosmos, y la de “no ser” a la conciencia de lo único que tal vez ha sido: LA NADA

Tal vez el universo, la vida, el espíritu y todas sus implicaciones lógicas sean únicamente el contenido del delirio de un extrañísimo ser que está a punto de entrar en la bella dimensión del “no ser” desde donde yo lo contemplo con un sentimiento

de lástima que procede del corazón de mi nada, o, ¿acaso recién he dejado este mundo y aún lucho contra mi imperfección y mis remordimientos?

Straparola, es la única palabra de estos relatos que tiene algún sentido.

Seudónimo: Viajero del silencio.